

CUENTOS
PARA CONTAR EN

1
MINUTO

© del texto, Victoria Bermejo, 2017
© de las ilustraciones, Miguel Gallardo, 2017
© de esta edición: Arpa y Alfil Editores, S. L.

Deu i Mata, 127, 1º — 08029 Barcelona
www.arpaeditores.com

Primera edición: septiembre de 2017

ISBN: 978-84-16601-44-8
Depósito legal: B 9171-2017

Diseño de cubierta y maquetación: Enric Jardí
Impresión y encuadernación: Cayfosa
Impreso en España

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada o transmitida
por ningún medio sin permiso del editor.

VICTORIA BERMEJO
MIGUEL GALLARDO

CUENTOS

PARA CONTAR EN

1

MINUTO

arpa narrativa

ÍNDICE

El niño que siempre decía que no	11
La vida da muchas vueltas	13
El daltónico	15
El niño basurilla	17
El cocodrilo Drilo	19
La reflexión	21
El hermanito	23
La magia del volcán	25
El niño que quería un perro	27
Enrique el genio	30
El niño caprichoso	33
La bruja enigmática	36
Demasiados deseos	39
El niño que no soñaba	41
Otra historia sobre el Titanic	43

El chulo	45
Dentro de mil años	47
Los tres amigos	49
Las costumbres	51
Contra Caperucita	53
Ese niño enamorado de la luna	55
¿Qué es mejor, esponjas o sal?	58
La casita de chocolate	60
El mentiroso total	63
Margarita se llama amor	65
El acusica	67
El abuelo, el nieto y el caballo	69
Los criticones	71
Los detectives sorprendidos	73
La rosa y el cardo	75
Las alcantarillas	78
La oportunidad	80
Hay que saber mirar	82
No soy un primo	85
La familia de magos	87
El indeciso	89
El gladiador	91
La hormiga y el elefante	95
El submarino	97

Los dos perros	100
El ciego y el ladrón	102
El pijo y el gitano	105
El dedo gordo	107
El concurso	109
Por Júpiter	111
Una solución absurda	113
La discreción	116
A lo mejor así se inventó el fuego	118
Los zapatos rojos (o locos)	120
El desván	122
Las preguntas sobre un cuento	126
Prohibido preguntar	128
La nariz	130
El país sin espejos	133
El sol y la luna	136
Los números	138
El día de reyes no siempre es igual	140
Dónde están las llaves	143
El hada y el saltamontes	145
Un semáforo particular	148
El supercomilón	151
Los hombres de verde	153
Mi primer beso	155

No me entra	158
La rebelión de las doradas	161
Soy un fantasma	164
Pino chon	166
El teleadicto	169
El niño de la corbata	172
El gorro	174
Os habéis fijado	177
El traslado	180
El ángel de piedra	183
Las llaves	186
Chincha	189
Menudo chateo	192
El cuesco	194
El minuto feliz	196
El chichón	198
Los robots	201
Qué paciencia hay que tener	203
Cuántos bombones	206
La pérdida	209
Vida de cuento	212

EL NIÑO QUE SIEMPRE DECÍA QUE NO

Había un niño, aquí en esta ciudad, que tenía un problema muy gordo: decía no a todo, estaba obsesionado con el no. Creo que se llamaba Daniel. Sí, Daniel.

Al principio, sus padres y profesores no le daban importancia pero, cuando empezó a pasar el tiempo y el niño seguía contestando a todo que no, decidieron ponerlo en manos de especialistas.

Llamaron a un preguntador, que le hizo miles de preguntas: «¿Cómo te llamas?, ¿eres un niño?, ¿te gusta jugar al fútbol?». En fin, probó con todas las preguntas y nada, el niño decía que no, que no y que no.

Probaron con un ilusionista, un personaje que solo daba ideas que hicieran mucha ilusión. El ilusionista le propuso cosas que cualquier niño en su sano juicio habría contestado afirmativamente: «¿Te gustaría ir al parque de atracciones?, ¿quieres que aparezca una tortuga?». No había nada que hacer; que no, que no y que no.

Consultaron con un psicólogo, que lo único que pudo decir es que era importantísimo que el niño dijera por lo menos una vez que sí y que de esta forma se curaría, vería que no pasaba nada y que era mucho mejor poder decir sí que no.

Los padres, los tíos y los maestros probaron desesperados todo tipo de preguntas: «¿Te apetece un helado?, ¿te gustaría ir a ver *Ciento un dálmatas*?, ¿quieres salir al patio?». Nada de nada. El niño dijo no.

Hasta que un día, su hermano, hartos ya de tanta gente preguntando, dijo:

—Yo puedo solucionarlo.

Todos se quedaron de piedra.

—¿Cómo? —preguntaron.

—Es muy fácil, dejadme a mí.

Se sentó frente a su hermano, todos estaban callados con los ojos muy abiertos, y le dijo muy serio:

—Dime la verdad, Daniel, ¿vas a seguir diciendo toda la vida a todo que no?

Daniel, sin darse cuenta de lo que contestaba, rápidamente respondió: «Sí».

Todos empezaron a aplaudir como locos. Y así se curó de la extraña manía de decir que no.

A veces vale más una buena pregunta que miles de promesas.



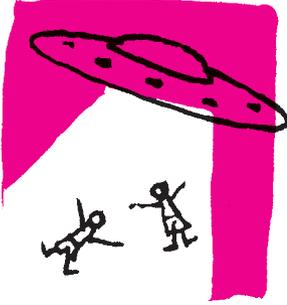
LA VIDA DA MUCHAS VUELTAS

Raúl y Quico eran dos niños de la misma edad, unos diez años, vecinos, compañeros de colegio y muy amigos. Solo había entre ellos una pequeña diferencia: Raúl siempre sacaba unas notas magníficas y Quico no progresaba ni a tiros.

Eso no significaba que Quico fuera tonto, qué va. Quico, por ejemplo, sabía muchísimo de la vida de los animales, no dejaba de observar las hormigas, los gatos, los pájaros... y llegaba a grandes conclusiones sobre sus costumbres. Raúl, en cambio, era un lince para las matemáticas y la historia. Ellos no tenían ningún problema, se entendían de maravilla. Pero los mayores, ya se sabe cómo son, siempre hacían comparaciones en las que Quico salía perdiendo. «A ver si estudias como Raúl», le decían los profesores. «Podrías ser tan listo como tu vecino», machacaban sus padres.

Así pasó todo el curso hasta que un viernes, cuando volvían a casa, la vida de ambos cambió para siempre.

Pasó algo alucinante, sorprendente. Un platillo volador los estaba esperando en la panadería de la esquina y fueron secuestrados en un segundo, sin tiempo de reaccionar. Los inreveses, que venían del planeta Inrevés, se los llevaron sin dejar huella.



En cuanto llegaron al nuevo planeta se encontraron con que tenían una familia igual a la suya, un colegio idéntico y una casa igual a la de la Tierra. Solo fallaba un pequeño detalle; cuando el lunes llegaron a clase, a Quico le pidieron que saliera a la pizarra y le preguntaron:

—A ver, ¿cuál es el idioma de los gatos?

—Ronroneo —contestó Quico estupefacto.

A Raúl, que estaba haciendo divisiones a su lado, le dijeron: «Raúl, por favor, deja de jugar con los números».

Los padres de Raúl, por su parte, le empezaron a decir:

—A ver si imitas a Quico, siempre tan interesado por la naturaleza.

Los padres de Quico, en cambio, lo felicitaban:

—Eres un modelo, eres genial.

¿Y qué conclusión se puede extraer de esta historia? Que los dos conocieron un mundo en que su talento se valoraba y que lo importante es saber algo, lo que sea.

EL DALTÓNICO

Una amiga mía, que es maestra, me contó una cosa que sucedió en una clase, con niños de dos a tres años, como muchos de vosotros. Y mirad, mirad lo que pasó.

Ella estaba enseñando los colores. Enseñaba un cartón de color amarillo, por ejemplo, y todos decían: «Amarillo, es amarillo».

A veces preguntaba a alguno en particular y perfecto: respondía y ya está.

Un día, le preguntó a uno de los niños, a David, y se equivocó.

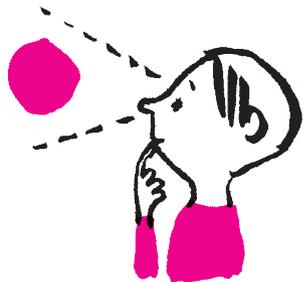
—A ver, David, ¿qué color es este? —le enseñó el rojo—.

—Marrón —dijo David equivocándose un poquillo.

—No, no es marrón, fíjate bien.

—¡Rojo! ¡Rojo, es rojo! —dijeron los demás niños sin poder contenerse.

Seguro que vosotros habéis aprendido los colores así, es lo normal. La profe pensó que David estaba un poco despistado, pero es que al día siguiente volvió a pasar lo mismo.



La profesora enseñó un color, el verde, y le preguntó:

—Dime, David, ¿qué color es? Los demás no digáis nada.

—No lo veo claro —respondió David.

—¿Cómo que no lo ves claro? Es el color de las hojas de los árboles, de la hierba...

—Ah, sí: es marrón...

—¿Cómo dices? No, no es marrón, piénsalo un poquito más, empieza por ver... —le dijo la maestra muy dulcemente.

—Yo lo veo igual que el de ayer: marrón... —respondió David muy convencido.

Entonces, la maestra se dio cuenta de lo que estaba pasando: David era daltónico y los daltónicos no distinguen bien los colores, en especial el verde y el rojo, que los ven amarronados. Y dijo a David:

—Es verdad, no te preocupes, tú no necesitas aprender estos colores, pero los demás sí, a ver todos: ¿Qué color es este?

—V-E-R-D-E —gritaron todos muy fuerte.

David era un niño estupendo, maravilloso y con una particularidad: era daltónico. ¿Y qué significa ser daltónico? Pues que no se distinguen ciertos colores o se confunden con otros.

A la cama no te irás sin saber una cosa más.